

## CRISÁLIDAS

(Seudónimo: La Fontaine)

Durante mucho tiempo pensé que la primavera no podía sorprenderme más que con ser primavera. Ya se sabe, que si la floración, que si las alergias, que si estoy fatal del asma, que si prueba con vahos de eucalipto, esas cosas que dan tema de conversación entre compañeros, entre amigos o entre ambos a la vez. Si me dejaba florecer por dentro, la nueva estación también me producía cambios de humor, astenia, nostalgia, a veces enamoramientos insospechados. Era la época en la que se notaba algo diferente en el campus. Me gustaba observar desde la ventana de mi despacho la gran extensión de césped que se llenaba desde mediados de marzo con grupos de estudiantes sentados al aire libre. Algunos se tumbaban sobre la hierba, con la mochila bajo la cabeza o las deportivas fuera de los pies, como si aquello les hiciera más llevadero el madrugón para ir a clase. El sol envalentonado después del letargo del invierno, la luz empeñada en persistir, las risas distendidas. Y el aire, sobre todo el aire, con el aroma cálido a inicio perezoso de cuatrimestre. Año tras año esos detalles se asumían como insignificantes, como parte de un engranaje rutinario hasta finalizar el curso, sin darnos cuenta entonces de que así perdíamos la maravillosa capacidad de extrañarnos ante cada uno de ellos.

Eso lo supimos tan solo unos días más tarde, cuando el confinamiento se derrumbó sobre nuestras cabezas. Ninguna primavera hasta entonces había contemplado entre sus ruinas la posibilidad de una pandemia, pero sucedió. A pesar de ser domingo, llegó a nuestros correos la resolución del Rector instándonos a docentes, alumnos y personal de Administración y Servicios a quedarnos en casa hasta que la situación evolucionase a no se sabía bien qué. De repente, nos vimos recogiendo a toda prisa nuestra vida, poniéndola en el centro de un pañuelo para tomarlo por las cuatro puntas, anudarlo en un hato y marcharnos con él a la espalda. Yo me llevé una copia del disco duro, el portátil, cuatro libros y varias carpetas. Al echar el último vistazo al despacho antes de cerrar la puerta, pensé en que no sabía cuánto iba a tardar en volver a abrirla. Por esa razón decidí coger de un rincón resguardado del exceso de luz y humedad la caja nido de mis tres especies distintas de larvas de mariposas. No podía abandonarlas, en unos días formarían pupas para su proceso de metamorfosis. Tendría que esperar a otro curso más propicio para que mis alumnos pudieran estudiarlas en vivo.

Atravesé al pasillo, vacío y mudo. Mis pasos escuchaban su propio eco por delante de la cafetería cerrada, de las puertas con candado, de la biblioteca con las luces apagadas. Recordé la conversación que había mantenido con María, mi bibliotecaria favorita, tan solo unos días atrás, ajenos como estábamos todos al vuelco insospechado.

—¿Sabes lo que verdaderamente me llama la atención?—decía mientras señalaba a través del ventanal de la biblioteca la hierba cubierta de estudiantes—. Pues que en esta época un gran porcentaje de sus solicitudes de compra se refieran a poesía. Fíjate que hasta he tenido que crear sección propia allí, entre Ecología, Botánica y Zoología, ¿puedes creerlo?

—Pero María —contesté—, no irás a decirme a estas alturas que por el hecho de que esta sea una Facultad de Ciencias Biológicas te desconcierta que puedan interesarse por la lectura digamos, «no científica», ¿no?

—¡Claro que no! Es que precisamente por eso mismo me reservo una explicación muy particular, ¿quieres saberla?

María guardaba en sus pupilas un reflejo pequeño y blanco de libros abiertos y cuando miraba franqueaba el paso a pensamientos maravillosos.

—Pues está claro —dijo abriendo las manos con las palmas hacia arriba, como si fuera obvio—. Esos chicos están acostumbrados a estudiar los organismos vivos, ¿verdad? Tú mismo impartes Entomología, deberías saberlo bien.

—Ya, desde hace veinte años, ¿y...?

—¿No lo ves, Canales? —me llamaba por el apellido cuando quería darme algún tirón de orejas a su manera—. ¡Piden poesía porque crece invisible! —Y añadió—: La poesía es algo que no todo el mundo ve, pero si se descubre, se sabe viva, fuerte y pujante. Como las crisálidas de tus prácticas, exactamente igual.

Enarqué las cejas. Más allá de la pura bibliografía que tan bien gestionaba para el apoyo de nuestra actividad académica, María tenía una capacidad insólita para transmitir indirectas.

—Vale, lo entiendo —contesté mientras salía por la puerta—. No te preocupes, esta primavera te prometo que tendré en la cabecera de mi cama el *Papilio* de Henry Edwards junto a las obras completas de Walt Whitman —dije—, no pueden llevarse mal.

Asintió con la cabeza y se tocó la sien con el índice en ademán de «eres un chico listo». Fue la última vez que la vi en tres meses. A los pocos días de esta conversación, María fue intubada.

Durante el confinamiento comencé a tener la sensación de perder la noción exacta del tiempo. Lo único que conseguía que me centrara y me ayudaba a mantener la certeza temporal era la conexión en línea con mis alumnos. Al principio era fría, muy extraña. No es nada fácil suplir las miradas con un pequeño cuadrado en la pantalla de un ordenador. Al menos, yo tenía alguna familiaridad en el manejo de las plataformas. Otros compañeros comentaban que no conseguían mantener la conexión una hora seguida, que en sus casas no tenían banda suficientemente ancha para una comunicación sin interrupciones o que perdían gran tiempo de la clase buscando cómo había que hacer para compartir pantalla. Poco a poco, a medida que los días transcurrían enmarcándose en algo parecido a una nueva cotidianeidad, la interacción con mis alumnos se convirtió en el auténtico acicate para levantarme cada mañana. Les hablaba con entusiasmo de mariposas, de las diurnas y las nocturnas, de los taxones en los que se clasificaban, de la vida efímera de algunas y las largas migraciones de otras, del porqué de su colorido o de cuándo comenzaron a poblar la tierra. Y aunque al principio pensaba que para ellos hubiera sido fácil dejar la sesión abierta y marcharse, pronto advertí su atención a través de preguntas, de comentarios, pero sobre todo, a través de su insólito interés por la evolución de mis pequeñas crisálidas, aquellas que salvé de una muerte segura. A lo largo de los días, fui mostrándoles todo el proceso de su metamorfosis, desde que las larvas se cerraron en sus pupas y cambiaban de color a medida que se echaban las semanas, hasta que las rasgaron decididas para convertirse en imagos, individuos adultos que revoloteaban nerviosos por hacerse a la libertad. Ese mismo día de eclosión recibí un mensaje de María. Estaba ya en casa, débil, pero esperanzada. Añadía unos versos del poema *Mariposa de otoño*, de Neruda:

«Me decían: No tienes nada. No estás enfermo. Te parece.»

Sonreí. Mis alumnos seguían en directo. Abrí la ventana para que las mariposas volasen a su hábitat natural. Ellos aplaudieron. A pesar de la poca nitidez de la pantalla,

pude observar que algunos movían inquietos los brazos, preparados también para volar, libres lejos de su crisálida.